



El orgullo de ser chileno

Cristina Felsenhardt
Profesora Titular
Escuela de Arquitectura UC

Se dice que Chile es un país amistoso y extremadamente hospitalario. Yo, siendo extranjera, lo sentí en carne propia cuando postulé a un empleo. Pensé que sería difícil conseguirlo, por mi poco conocimiento del nuevo medio al que accedía y la incapacidad de captar ese lenguaje subliminal que es propio de cada cultura.

Ante la autoridad que debía tomar la decisión extendí, lo mejor que pude, mi currículum vitae, que me parecía bastante insuficiente para el puesto. Pero necesitaba el trabajo.

Quedé felizmente extrañada cuando supe que me habían seleccionado – de un grupo de 10 personas – para un cargo. Un conocido, también hijo de extranjeros, me aclaró la película sin rodeos: en algunos niveles sociales chilenos se valora más lo extranjero que lo propio; hablar con acento es elegante y haber estado en Europa es más importante que haber conocido un lugar como Putaendo o Yerbas Buenas, rincones maravillosos que por milagro aún conservan la historia física de este país.

Mala costumbre esta valoración de lo extranjero por sobre lo propio. Porque el desafío de sobrevivir con éxito en un mundo global pasa por tener identidad cultural; valorar, respetar y querer lo propio casi con la misma pasión que se respeta, valora y acepta lo extranjero.

Es cierto que alguna vez los conquistadores dijeron a los habitantes de estas tierras americanas que la cultura propia no era digna ni respetable, que se debía reemplazar por otra. Y de ahí aprendieron a ocultarse, a mirar hacia Europa, a los reyes.

Pareciera que no basta independizarse como nación para que las personas recuperen su autoestima y el respeto por sí mismos. Creo que en Chile la admiración por lo extranjero se convertirá en un capital realmente activo cuando sus habitantes sepan reconocer el valor de Putaendo y Yerbas Buenas.